

ATRAPADA EN EL RECUERDO

Mención especial San Lucas 2002

Maricel Díez Regidor

A la abuela le gusta escuchar relatos en la radio, en estos momentos es casi lo único que la entretiene.

Un día la observé, sentada en su vieja butaca, relajada, oyendo las historias. Seguro que no entendía nada, ya que por error había sintonizado un dial inglés. No entendía lo que decían, lo único que sabía era lo que le transmitía, y eso bastaba. La voz relajante del locutor inglés la llevaba a otro mundo, a otro estado alejado de la realidad.

Normalmente prefería sintonizar alguna emisora con música, aunque le encantaban los canales especializados en cuentos o historias. Esos cuentos me recordaban a los que me contaba ella misma hace ya bastantes años, cuando yo era pequeña y que tanto me gustaban; Cuentos, leyendas, trabalenguas... pero también historias que había vivido y que a mi siempre me encantaba escuchar: historias de su juventud, de la guerra, de cómo llegó a salvar a muchas personas jugándose la vida, escondiéndoles en el viejo sótano, o de cómo ayudaba a su familia trabajando y ayudando en su casa.

Mi abuela fue una mujer valiente; a pesar de los tiempos difíciles que le tocó vivir, ella siempre salía adelante.

Cogí un álbum de fotos del gran armario del salón; lo miré. Ahí estaba mi abuela cuando era joven, con su hermana. Las dos eran extremadamente guapas. Se parecían tanto que parecían

gemelas, aunque mi abuela era un par de años mayor que su hermana. Esa foto en blanco y negro traía la esencia de la época: sus peinados, sus trajes y esos aires de seriedad. Lo que más llamaban la atención eran los ojos de mi abuela, su brillo especial, brillo del que hoy apenas queda rastro.

Miré a mi abuela, que aún estaba absorta oyendo la radio. Regresé a mis pensamientos, que seguían fijos en la fotografía, en esos ojos que tenía mi abuela. Mi familia siempre me decía que tenía su misma mirada, la misma mirada que esa foto. Me llenaba de orgullo. Yo también quería ser una mujer valiente, seguir creciendo y vivir, pero no quería acabar como ella.

En su mente se confunde el pasado con el presente, cada vez con más frecuencia. Para ella soy su hermana pequeña, esa que se parecía tanto a la de la foto, muerta varios años atrás, y me cuenta historias de cuando ella era joven, pero lo cuenta en presente, como si las estuviese viviendo ahora. Ya no soy su nieta, soy su hermana. Me dice que acaba de ver a un hombre muy guapo, que le parecía muy simpático, probablemente estuviese hablando de mi padre, su hijo. Yo le cojo de la mano, y la llamo como lo hacía su hermana, la peino y la beso. De nuevo me cuenta una historia que me repite casi todos los días: el día que conoció a su marido, mi abuelo. Lo vuelve a contar una y otra vez y, por un momento, quizás tan sólo por una milésima de segundo, aparece en sus ojos esa mirada, con ese brillo de antaño, de ilusión y felicidad, y es entonces cuando más la quiero, y cuando la abrazo, y aprovecho que no puede verme la cara para derramar unas lágrimas de cariño, amor y quizás también de impotencia, por no poder parar lo que sucede en su mente. Por otra parte pienso que se ha quedado en su época más dichosa. En su mundo, con mi abuelo, ella es feliz. No recuerda que su marido haya muerto, porque está vivo en su confusa mente y eso basta.

Otras veces permanece sin hablar y se enfada por nada, son momentos en los que sufre y sufrimos todos. En esas ocasiones es cuando me pongo a pensar en cómo a una persona que

fue tan valiente y tan fuerte el destino le ha dado de esa forma la espalda. Todo el mundo tiene derecho a tener sus recuerdos y su presente. Sin recuerdos no hay nada, ni ilusiones ni pasado....nada. Pronto mi abuela no tendrá ese lugar donde refugiarse, ese mundo con su marido y su juventud, pronto ni siquiera me llamará hermana. Ya no tendrá pasado ni tampoco tendrá presente, aunque el presente lo perdió hace algún tiempo... pero mientras tanto, mientras viva encerrada en su mente, en su pasado, yo me convertiré, como cada tarde, en su hermana.